

DOS COMEDIAS PARA CONDESA ENAMORADA

Rosa Navarro Durán

Una condesa que se enamora de quien no debe es la protagonista de dos comedias de la segunda década del siglo XVII, y sus autores son dos grandísimos comediógrafos: Lope de Vega y Tirso de Molina. La primera condesa lo es de Belflor, en Nápoles, y su espacio de ficción es *El perro del hortelano* de Lope; la segunda es la condesa de Oberisel, y vive en Flandes en *El castigo del penseque* de Tirso. Las dos se llaman Diana, y una va en pos de la otra —Tirso conocía muy bien la obra de Lope— aunque su destino va a ser opuesto, y lo será por culpa de un «penseque».

Un perro del hortelano que deja de serlo

La condesa de Belflor, a pesar de ser como el perro del hortelano —ni come ni deja comer—, se llevará el gato al agua y podrá hacerlo gracias a un ingeniosísimo embeleco del gracioso, que lo es aunque se llame Tristán. El nombre de Diana ya apunta a una dama que aún no se ha enamorado —como la diosa de los bosques—; es condesa y lleva ella las riendas de su vida porque es huérfana y no tiene hermano que guarde su honra. Un pequeño incidente en su palacio napolitano le llevará a descubrir que su doncella Marcela, unida a ella por lazos de parentesco, está enamorada de una de las personas a su servicio, su secretario Teodoro, y que este también la quiere. No se había fijado en él hasta entonces, y, al enterarse de ese amor correspondido, se le despiertan en su corazón unos terribles e inesperados celos.

Pero el apuesto joven es inferior a ella, es su secretario, ¿qué va a hacer?, ¿callarse? ¡No! Va a pensar un medio para declarar su amor a Teodoro sin que quede claro que lo hace. Se va a inventar a una supuesta amiga que le ha pedido que le escriba «un papel» —una carta—, y

le manda a su secretario que lea lo que ha escrito y que, como ella no sabe «cosas de amor», escriba otro mejor. Es en realidad un bello soneto, que Diana obliga a Teodoro a leer delante de ella, en donde confiesa que su amor ha nacido de los celos y acaba diciendo: «darme quiero a entender sin decir nada; / entiéndame quien puede; yo me entiendo». Teodoro escribirá otro soneto, en donde negará que el amor pueda nacer de los celos, sino al revés, y asume saber el caso y el problema —el amor de una dama a un inferior—, pero no lo personaliza: «No digo más, porque lo más ofendo / desde lo menos». Y del mismo modo, jugando con la ambigüedad, ella le anima a servirla con su amor: «Si alguna cosa sirvieres / alta, sírvela y confía», y deja a Teodoro pensando en sus palabras sin atreverse a darles crédito, porque quizás no sea verdad lo que él cree que ha sido una declaración de amor de la condesa.

Entrará en una zona ambigua de tira y afloja; él no abandona aún su galanteo con Marcela por si se ha equivocado, ¡la condesa es mucha dama, bella y discreta!, «que nunca tan alto azor / se humilla a tan baja presa». La furia de Diana estallará al ver cómo se abrazan: encerrará primero en un aposento a su doncella, y redoblará sus esfuerzos para que Teodoro se dé cuenta de su amor, pero sin abandonar la oscuridad de sus palabras. Así acabará la jornada primera, con una fingida caída de la condesa para que el apuesto joven le dé la mano, pero enseguida le recuerda que es secretario y como tal tiene que tener «secreta aquesta caída, / si levantarte deseas».

Teodoro empieza ya a soñar con ser conde de Belflor; pero verá enseguida que «amor se engendra de iguales», y que lo que le ha parecido entender es solo un espejismo que Diana ha creado para provocarle celos y tenerle sujeto, porque ella es el perro del hortelano, como bien se atreverá él a decirle plantándose ante sus vaivenes: «pues

coma o deje comer», y le desafía confesándole: «Yo adoro a Marcela, y ella / me adora». La respuesta son los bofetones de la condesa, que pierde los estribos y el decoro de su condición, y así manifiesta bien sus sentimientos.

No hay salida alguna para el caso de este amor entre desiguales. La condesa no puede casarse con su secretario, del que se ha enamorado, y él, ya seguro de que así es, ha olvidado a Marcela y está loco de amor por Diana. Los dos saben lo que les pasa: el amor que sienten y la imposibilidad de vivir unidos.

A Teodoro no le queda más que marcharse porque dos pretendientes nobles de la condesa, al darse cuenta de lo que sucede, contratan a un sicario para que lo mate; pero estamos en terreno de comedia, y ellos recurren a Tristán, convencidos de que es un rufián porque frecuenta su compañía en las tabernas, y, en cambio, es el fiel criado de su rival. Y será precisamente el ingenioso gracioso quien, con una de sus trazas, consiga un padre noble para Teodoro, el conde Ludovico, a quien le raptaron un hijo hace años. Si es o no verdad no lo sabe ni Lope; pero a todos conviene que así sea, y al conde el primero, ya que es mayor y necesita un heredero.

¿Se entera de la verdad la condesa de Belflor? Pues sí, y se la revela el propio Teodoro, que no quiere asentar su felicidad en una patraña porque, como le dice a Diana: «mi nobleza natural / que te engañe no me deja», y eso da viso de realidad a su supuesto origen noble. Pero la condesa lo tiene claro, no va a renunciar a casarse con él, sea o no de su clase social, «que el gusto no está en grandezas, / sino en ajustarse al alma / aquello que se desea». Si hay que matar a Tristán para que calle, pues se hará; pero el buen criado, que lo ha oído como le dice, va a ser una tumba para su invención y además va a pedir al público, «senado noble», que calle «el secreto de Teodoro». Y no solo lo voy a hacer yo, sino que voy a defender ante quien sea que es evidente que es el hijo del conde Ludovico, porque el apuesto e inteligente joven es buena gente e incluso tiene un aire de su supuesto padre.

El penseque y sus consecuencias

Diana, la condesa de Oberisel, se ha quedado viuda y no se lamenta de ello porque en su matrimonio con el conde de Cleves lloró desdenes e infidelidades, era él «libre, soberbio y cruel»: «Yo he quedado escarmentada / y con



deseo infinito / de no vivir malcasada». Y Tirso aprovecha la inteligencia de su personaje femenino para cantar unas cuantas verdades; así dirá sobre el distinto rasero con que se mide el honor en el hombre y la mujer:

Si en el conyugal amor
hubiera penas iguales
para el esposo agresor,
y sus obras desleales
tocaran en el honor
como las de una mujer,



perseverara en los dos
 el recíproco querer;
 pero que en la ley de Dios
 iguales vengan a ser
 los delitos del marido
 y la esposa, y que en el suelo
 haya el vulgo establecido
 venganza en leyes del duelo
 para el esposo ofendido
 y no para la mujer,
 esa es terrible crueldad,

suficiente a deshacer
 a amor, que sin igualdad
 no sabe permanecer.

Y su fiel consejero, Pinabel, sanciona «esta opinión honrada, / que es digna de su prudencia». Tirso de Molina *dixit*.

Esa inteligente y desengañada mujer no está dispuesta a casarse de nuevo, dada la mala experiencia vivida, aunque su hermano Arnesto —que no aparece en escena— quiere que lo haga con el conde Casimiro, según ella dice. Este irá a verla encubierto, y como no conseguirá su amor, decidirá conquistarla con las armas y cercará su condado. No le saldrá bien la jugada y, confesará el propio pretendiente, «¡Mal haya, amén, el amante / que quiere mujer forzada!».

Pero la voluntad de Diana nada podrá hacer ante sus sentimientos porque se enamorará de un caballero pobre, que al comienzo todos reconocen que es Otón, el hermano de la hermosa Clavela, un caballero flamenco que tuvo que huir porque mató en duelo al favorito del conde de Cleves; y él asumirá la identidad falsa porque su penuria económica le lleva a ello. La condesa de Oberisel no tiene, por tanto, salida ante su amor a un inferior, al que ha dado la plaza de secretario; y al descubrir ese avasallador sentimiento se dice a sí misma: «¡Ay! ¡Quién pudiera, / Otón, hacerte conde! ¿Que a un criado / tenga yo amor? El verle me enloquece».

No tardará en descubrir que el supuesto Otón es en realidad un caballero español, don Rodrigo Girón, un segundón al que su hermano mayor no ha tratado bien y ha decidido ir a Flandes a buscar fortuna. Tampoco tiene arreglo, aunque él, al mando del ejército de la condesa logrará, junto a Pinabel, su privado, derrotar al conde Casimiro. Además la bella Clavela, que no es ya su supuesta hermana, despertará el amor de don Rodrigo, que no puede aspirar a cumbre tan alta como es la condesa. Y este amor será el acicate para Diana, que no está dispuesta a renunciar al que ella siente ni tampoco piensa en ser el perro del hortelano. Y no es extraño en una mujer que dice: «Viuda soy, moza y mujer, / con un condado a mi cargo, / que, aunque sola, podrá ser / que con el discurso largo / del tiempo venga a tener / para regirle prudencia». Es capaz de gobernar sola, y también de casarse a su gusto sin más.

¿Qué tiene, pues, que hacer? Primero, dar a entender su amor a Rodrigo. Debe hacerlo como la condesa de Bel-

flor: diciendo pero sin decir, aunque ella es mucho más osada. No va a caerse fingidamente para que el caballero le dé la mano, sino que le va a pedir que le calce un guante: «No me lo puedo calzar. / Calzádmele vos, Otón». El caballero se turba, se pone muy nervioso; al acercarse a la condesa se le caen el sombrero y la capa, ¿por qué? No solo porque entre sus manos tiene la suya, sino porque entiende el simbolismo de la escena: «calzar» tiene una acepción erótica. Y la condesa lo subraya al ver que no es capaz su secretario de calzarle el guante. «En fin, me viene pequeño / el guante», y le da el remedio. «¿Quién hay, Otón, que no sepa / que para que un guante quepa / no hay cosa como picalle?», y «picar» significa —además de hacer pequeños cortes en el guante— «excitar, estimular». La réplica de Rodrigo muestra ya su poca osadía ante la alta dama: «Puede venir tan pequeño / que el picalle sea excusado»; pero ella sigue dándole alas: «Dadme vos que esté picado, / que vendrá sin duda al dueño», y él no avanza, sino que se sume en sus dudas. Diana no tiene más remedio que retroceder, y se dice a sí misma: «Amor que así se declara / ya toca en desenvoltura». Lo arreglará aplicando lo que ha dicho al conde Casimiro y su pretensión amorosa; pero aún le dará a Rodrigo una segunda oportunidad, y él, necio, perderá la ocasión definitivamente.

Diana recurrirá a una carta, que hará escribir a su secretario, para descubrirle su amor secreto, y apelará a su discreción pidiéndole que quede entre los dos lo que dice; pero lo envuelve todo en ambigüedad para que Rodrigo sepa leer sin que ella se manifieste. El papel «es y no es» para el conde, y cuando el caballero le diga: «¿Es y no es?» ¡Qué contrario / modo de hablar!», la condesa, molesta porque él no entiende lo que quiere darle a entender, replica: «Secretario, / no es para bobos amor. / Poco despuntáis de agudo». La escena prosigue con parecido tira y afloja por parte de la dama, y el galán no se atreve a dar el paso por puente tan inseguro. En el papel le hace escri-

bir una cita decisiva: «esta noche en el jardín / seré vuestra esposa», y le mandará que lo entregue «A quien sabéis / que me quiere más que a sí». ¿Sabrá Rodrigo descifrar el enigma? Pues no. La falta de confianza en sus posibilidades como inferior a la condesa le sumirá en las dudas, y estas se resolverán porque el conde Casimiro le confesará a Otón/ Rodrigo que quiere a Diana más que a sí, ¡y este le dará el papel con la cita nocturna, que iba a él dirigido!

Cuando se dé cuenta de que ha sido un necio porque era obvio que, si ella iba a casarse con el conde, no tenía por qué adelantar de noche en el jardín la boda, es ya demasiado tarde. Exclamará con razón desesperado: «¡Que yo al conde el papel diese / que era para mí! Mal haya / quien ama y la ocasión pierde!». Y cuando ya esté todo consumado, Diana remachará lo que le dijo: «Quien tiene / entendimiento tan corto, / que para corto se quede»; don Rodrigo no puede más que admitir que pensó que el papel era para el conde, y ella le pone el mote que da título a la comedia: «¿Hombre érades de penseque?».

Tirso ha intensificado la fuerza y osadía de la condesa, pero ha rebajado la inteligencia del caballero del que se había enamorado y hace que pierda él su ocasión con ese «penseque». No hay dudas con el amor y, si las hubiere, no hay que olvidar que la fortuna favorece a los osados.

Dos condesas enamoradas permiten ver cómo Tirso ha leído muy bien a Lope, pero sabe encontrar otro camino para resolver el mismo conflicto. Su Diana se casa con quien le toca socialmente, que es además enamorado constante, y lo hace porque aquel al que su corazón eligió no estaba a su altura en inteligencia. Ella es la que brilla entre sus dos pretendientes: a uno, que se alza en armas contra ella, lo vence su ejército, y al otro le puede llamar con razón «necio». No hay duda de que el mercedario Tirso de Molina apostó por la dama en esta comedia —y en otras— y nos ofreció un retrato de la condesa de Oberis de cuerpo entero. ■ ■